

Violencia en Francia: un caso extremo

Michel Wieviorka

Director de Estudios
École des Hautes Études en Sciences
Sociales, París

A finales del mes de octubre de 2005, y durante tres semanas, Francia vivió episodios de violencia urbana que encarnaron, a su manera, lo más esencial de los elementos que se detallan en este artículo. Todo ello a raíz del anuncio de la muerte de dos adolescentes que creían que estaban siendo perseguidos por la policía y que se refugiaron en un local de la EDF (Electricité de France), donde se electrocutaron. Dichas declaraciones se vieron exacerbadas por las palabras del ministro del Interior que hablaba de «chusma» y de «limpieza en el Karcher» a propósito del auge de la delincuencia en los barrios obreros. Las conductas amotinadoras derivaron en que cada tarde chicos jóvenes prendiesen fuego a vehículos particulares y también a vehículos públicos como autobuses. Asimismo se vieron afectados centros escolares y guarderías infantiles, primero en los barrios del extrarradio de París y después en todo el país.

Estos episodios de violencia impresionaron a buena parte del mundo. En ciertos casos, había algo de alegría en los comentarios; por ejemplo en los de Estados Unidos, donde la CNN, entre otros medios de comunicación, presentaba los acontecimientos con complacencia, como si Francia mostrara, por sus desgracias, que no es mejor que otros países, y que también se había equivocado, en un pasado reciente, en creer que podía dar lecciones más o menos arrogantes. Pero más profundamente, el interés que suscitaron en el extranjero

estos motines hicieron referencia a una pregunta decisiva, percibida desde el exterior: ¿han puesto en evidencia la considerable crisis de la integración francesa?

Las dimensiones sociales e institucionales de la crisis

En efecto, los episodios de violencia urbana del otoño de 2005 han condensado un inmenso manojo de dificultades que constituyen un fenómeno total, una puesta en marcha pluridimensional de lo que se conoce como el «modelo francés», en sus aspectos sociales, institucionales, culturales, políticos o intelectuales.

Lo más evidente nos conduce al registro social. Desde mediados de los años setenta, Francia se ha adentrado en un período continuo de dificultades sociales, conjugadas con las consecuencias de las transformaciones masivas de la inmigración y del trabajo. Todo ello ha ido repercutiendo en la población. De hecho, para muchos jóvenes, el racismo y la discriminación van unidos. La mayoría de ellos proceden de la inmigración reciente y viven en lugares que se parecen a guetos, están en el paro y se encuentran excluidos y en unas condiciones de vida precarias. Las políticas llamadas de la ciudad, aplicadas desde principios de la década de los ochenta, a menudo con inteligencia y generosidad, no han sido, sin embargo, ajustadas a ellos, y la violencia, desde este punto de vista, es fruto de la rabia y la desesperación, de su incapacidad, también, de construirse como sujetos y proyectarse hacia el futuro.

La crisis también es institucional, y más concretamente propia de las institucio-

nes de la República. La causa no se encuentra en el ideal republicano en sí mismo, aunque sí en la dificultad creciente de darle una forma concreta, tangible. Las instituciones como la policía, la justicia, los servicios públicos y, más aún, la escuela pública, parecen ser cada vez menos capaces de cumplir sus promesas, aquellas que proclaman los orgullosos principios de la República: Libertad - Igualdad - Fraternidad, principios que no dejan de recordar desde mediados de los años ochenta, de forma mágica, políticos e intelectuales «republicanos».

Una crisis también cultural

La crisis también es cultural, en el sentido en que cada vez son más numerosas las peticiones que, procedentes de grupos definidos por una identidad particular, un origen nacional, una pertenencia religiosa, una diferencia étnica o racial, etc., vienen a interpelar a la nación, que posee, en principio, el monopolio de la identidad cultural en el espacio público. Según el modelo clásico, en Francia se puede ser lo que se quiera ser, siempre en privado, aunque en la esfera pública sólo hay lugar para individuos libres e iguales en derecho, pero no para las minorías. Así surgen debates extremadamente vivos desde mediados de los años ochenta, relativos al islam por una parte, y a la supuesta etnicidad de los jóvenes por la otra. Los motines, contrarios a una idea preconcebida, no han sido nunca organizados, estructurados de forma ideológica o religiosa, no han venido a expresar la menor reivindicación, protesta o afirmación cultural, racial, étnica o de cualquier otro tipo. Pero su irrupción tiene lugar

en un contexto general en el que se formula la pregunta.

El hecho de que, a menudo, sus autores hayan sido descendientes de la inmigración, entre ellos descendientes de subsaharianos, ha sido la ocasión perfecta para ciertos políticos e intelectuales de hablar de acción de carácter étnico, a pesar de los hechos; puesto que en ningún momento los jóvenes en cuestión han puesto sobre la mesa ningún tipo de etnicidad. Dicha interpretación, también falaz y de hecho reaccionaria, incluso por racista que haya sido, ha demostrado que los acontecimientos se inscribían en un clima más general de fragmentación cultural y de peticiones de reconocimiento lideradas por los descendientes, por una parte, de magrebíes y de africanos (a propósito de la colonización), o por los antillanos que querían que se hablase del tráfico de negros y de la esclavitud.

Una crisis política e intelectual

Estos episodios de violencia deben también analizarse en un contexto más extenso de una crisis política; nos llevan directamente al mismo centro del déficit de la política, no porque sean políticas en sí mismas, sino porque concentran un amplio conjunto de posturas sociales, institucionales y culturales que ningún tratamiento político ha sabido ajustar hasta la fecha.

Concretamente, dicha carencia puede leerse en dos niveles. Es un tema de interés nacional, ya que, a través de este acontecimiento, ni el poder de derecha ni el de sus predecesores de izquierda, se habían tomado interés en estas cuestiones, patentes desde hace una treintena de años. Una responsabilidad que particularmente vuelve sin embargo al poder del momento, y concretamente a los dos gobiernos Raffarin (derivado del nombre del Primer Ministro 2002-2005). Puesto que desde 2002 y tras las elecciones presidenciales y legislativas que lo habían establecido, dicho poder ha deshecho lo poco que existía en los barrios en cues-

tión, y que les mantenía desahogados: supresión de la policía de proximidad y de los empleos-jóvenes, reducción masiva de las subvenciones a las asociaciones de trabajo social en las ciudades.

Pero a un segundo nivel, la carencia política es también local. En el pasado, los barrios afectados solían identificarse políticamente con el Partido Comunista, siendo «barrios rojos». Además se encontraban en un tejido asociativo vivo, asegurando la canalización de esperanzas y peticiones populares, de forma piramidal, organizando las reivindicaciones sociales o culturales, que movilizasen los elementos más dinámicos de la población. En la actualidad, el Partido Comunista ha decaído de forma considerable y ha perdido su impacto en los barrios populares. En cuanto a las asociaciones que allí se encuentran, y que siguen siendo numerosas, son muy diferentes de las del pasado, puesto que lo esencial lo reciben del exterior, en lo que se refiere a financiaciones públicas, ayuda y asistencia en materia social. La única fuerza visible, en ciertos casos al menos, es el islam, cuando un imán es capaz de proponer a la juventud diversas actividades, de apoyo escolar, todos las hacen religiosamente. Una paradoja es que en otoño de 2005, estos imanes, muy a menudo, pidieron a los jóvenes que regresasen a sus hogares, que no se entregaran a la violencia, volaron en socorro del orden republicano, y no, contrariamente a lo que dijeron los ideólogos no informados, que contribuyeron a atizar la cólera de los jóvenes.

Finalmente, la crisis también tuvo un componente intelectual. La figura clásica del «gran intelectual» a la francesa, en efecto, está en proceso de extinción, incluso si subsisten algunas altas expresiones como Alain Touraine o Edgar Morin. Los intelectuales «de izquierda» han seguido callados frente los motines, preocupados por la decadencia del movimiento obrero como actor de referencia que define el sentido de toda acción colectiva. Ya no tienen la figura de referencia en la que verse

reflejados, ni tampoco la utopía como propuesta, como en los bellos tiempos del comunismo. Como resultado, algunos de ellos se encerraron en posturas hipercríticas, llevadas por la lógica de la sospecha y de la denuncia que les permiten culpar al poder, pero no lograron comprender la revuelta de los jóvenes. Y en la derecha, los intelectuales con más vista se encierran en un «republicanismo» desgredado, defendiendo un principio puramente ideológico de una concepción exagerada del ideal republicano, o un racismo más o menos disfrazado –de ahí la campaña de un conocido semanario para denunciar a los «neo-carcas».

La experiencia francesa de la violencia urbana ha venido a atestiguar el fallo del modelo de integración a la francesa. ¿Es este fallo propio de Francia, país que se caracteriza por su excepcionalidad? De hecho, un único elemento, aunque central, permite hablar de dicha excepción. En toda Europa, hay paro, precariedad, dificultades sociales y episodios de racismo y de discriminación. En toda Europa, las identidades particulares quieren ser reconocidas en el espacio público. Al igual que en todas partes, los sistemas políticos nacionales dan una imagen de encontrarse sobrepasados, por una parte, por la globalización o la construcción europea, y por otra parte, por el auge de identidades que no saben cómo tratar. Aunque lo que es único en Francia es la fuerza del ideal republicano, esa promesa hecha a todos los individuos, a todos los ciudadanos, que accedieron a la igualdad, que se beneficiaron de la libertad, y que vieron abrirse la solidaridad, la fraternidad. La especificidad francesa es su Estado y sus intelectuales, que hacen y repiten hasta la saciedad esta promesa, aunque no es considerada para todos. En otros países, se espera menos del Estado y de las instituciones, simplemente porque no prometen tanto. La excepción francesa está ahí, en las frustraciones exacerbadas por un ideal republicano que ya no se traduce ni en realidades ni en perspectivas de futuro.